

Fase Siete

El sonido de la guitarra de aire en la que tocas sí está ahí, te dices a ti mismo. Aunque solo tú lo percibas.

El reproductor de CDs de tu departamento es de lo poco que te queda, pero venderlo significaría renunciar a quien eres, y todavía no has llegado a ese punto. La contaminación acústica es irrelevante en un mundo donde el presente es la única certeza; por más que los vecinos reclamen, pronto olvidarán.

Este CD que estás escuchando trata sobre tu vida. Los recuerdos impregnados en las letras de las canciones, en los rugidos de las guitarras, los pulsos del bajo, y los ritmos de la batería, son tuyos. Los momentos que emergen de tu pasado a tu consciencia son felices, enérgicos, activos. Vivos.

Saboreas el cálido sentimiento que vuelve a ti de las aventuras vividas con tu hermano. Siete años mayor que tú, podría haberte fácilmente dejado de lado, pero nunca lo hizo. Las largas carreras por el campo que solían correr juntos son de las pocas cosas que aún disfrutas por el mero hecho de que ocurrieron.

Definitivamente disfrutaste esta semana, estos particulares recuerdos de tu lejana y maravillosa infancia.

Le echas un vistazo a la larga colección de CDs alineados en la estantería junto al reproductor, analizando, pensando. ¿Cuál será el de la semana que viene? ¿Qué CD será el elegido para fabricarte el pasado la próxima vez?

Parte de ti siente repugnancia. La adicción lleva tanto tiempo inherente en tu mente que, aunque sea inevitable, te tiene agotado. Agotado, pero adicto de todos modos. Los recuerdos que fabricaste esta semana ya están rompiéndose, desvaneciéndose, como el ácido regusto de un dulce vencido.

Al terminar el CD te quedas sentado en el suelo un largo

rato, disfrutando los últimos instantes de los cálidos recuerdos antes de que desaparezcan para siempre en el profundo basural de mentiras que llevas contigo en tu corazón.

Entonces, el familiar vacío. El suelo de cemento del departamento está frío y duro a tu tacto. Frío y duro. Sin identidad. Sin pasado, ni futuro. Solo un suelo.

¿Quién eres? Nadie. ¿Quién solías ser? Nadie. ¿Quién querías ser? Tu cuerpo se siente tan liviano. Tan pesado.

Estás desesperado por reproducir de nuevo el CD. Por traer de vuelta los recuerdos pregrabados de un hermano que nunca existió. Pero ya sabes cómo funciona. Se sentiría falso, forzado, como se ha sentido tantas veces antes con tantos otros CDs. Tú nunca has podido forzar a que tu enfermedad haga lo suyo. Sabes que hay ciertos discos que, al escucharlos lo suficiente, te pueden fabricar recuerdos, pero sabes que no se pueden repetir. Tú no eliges cómo funciona esto.

Al RCRD-0 no lo controla nadie.

No sabes cuánto tiempo pasa hasta que te levantas. Sacas un fajo de billetes devaluados de tu penosa caja fuerte y dejas tu departamento. Cruzando las serpentinas e interminables calles te esfuerzas por no mirar al cielo café, tan contaminado que más que cielo parece un techo. Un techo en tal mal estado que en cualquier momento se desplomará sobre todos los que abajo residen. Pero mantener tu mirada gacha te obliga a observar a la gente. Los suertudos, con carpas, los demás caídos en la vereda, en las jardineras, bajo árboles muertos. El pequeño premio de la lotería que una vez te ganaste te ha mantenido en tu departamento, pero no por mucho. Ocasionalmente tus pies se detienen en la caminata, y tienes que obligarte a seguir adelante si quieres vivir un poco más.

Entrando a la plaza que alguna vez albergó tu niñez puedes ver las masas que la llenan, con cada rincón y recoveco ocupado por alguien sin hogar. En una esquina se encuentra ella, la anciana de los CDs antiguos que sin saberlo te ha mantenido vivo por tanto

tiempo. Te acercas, te agachas y observas con detenimiento su actual mercancía, en un trapo en el suelo.

Ningún disco te llama la atención; ninguno tiene la esencia que buscas. ...Excepto uno, que encuentras al fondo del montículo.

La banda se llama “Fase Siete.” El álbum, *Ruleta*. La imagen de portada, una foto de una joven corriendo por el bosque mientras se tapa la cara.

Frunces el ceño. Tú has visto este álbum antes, estás seguro. La fuerte e inexplicable sensación de que este recuerdo no está fabricado te golpea en el pecho. Pero, ¿de dónde? No te suena como popular, para nada. De hecho se ve bastante poco profesional en su empaque. Aun así, te intriga tanto que por varios segundos no puedes hacer más que mirarlo.

Preguntas pausadamente por el CD.

–Pop-punk local de los '20s –dice la anciana, para nada interesada pero para nada ignorante–. 2025, o algo así. \$10.000.

El precio no importa. Hipnotizado pero desconcertado, lo compras, solo ese, y lo llevas a tu departamento.

El leve temblor de tu cuerpo no es por el cambio de temperatura. El aceleramiento de tu corazón no es por el agotamiento. La expectación con la que abres esta Caja de Pandora es mayor a cualquier sentimiento tuyo de los últimos diez años.

Junto al disco no hay mucho dentro de la caja. Un pequeño folleto, con los nombres de las canciones y probablemente alguna información adicional. No lo lees.

Insertas el CD en tu equipo con una mano que no deja de sacudirse. Por qué, no sabes.

Usualmente, para que empieces a sentir un recuerdo como propio, tienes que escucharlo en bucle mientras duermes, para que se te confunda con los sueños. Usualmente, es un proceso gradual. Donde el auto-engaño de tu mente actúa con el sufrimiento de tu corazón para generar una fingida catarsis robada de un disco

compacto. Usualmente se siente falso, pero te bañas en la mentira, y la disfrutas. No con este.

La enérgica guitarra llena tu departamento, con una cristalina voz femenina, abriendo el álbum.

Tú conoces esa guitarra. Tú conoces esa voz.

Y con la subida de intensidad de la canción entran la segunda guitarra, la batería, y el bajo, gritando y expresando y disfrutando. La voz canta de tiempos mejores que se están volviendo peores, de un mundo en decadencia, de una llamada a la acción y a un despertar. Canta desesperadamente, en una plegaria a la humanidad para no olvidar. Tú conoces esa voz.

«Porque, oye, ¿quedó bien, no?», alguien parece decir dentro de ti.

«Sí, pero creo que podríamos grabar una vez más. Para estar seguros.»

«Sí, démosle. Lo estamos logrando. Porque estoy feliz de estar haciendo esto con ustedes.»

«Solo hay una forma de no ser olvidados, ¿verdad?»

«Trascender.»

¿De quiénes... son esas voces?

Y entonces empiezas a asociar, a relacionar, conexiones cortadas y perdidas hace años, amistades, relaciones, lazos que deberían estar existiendo pero no lo hacen.

La razón por la que estás tan obsesionado con los CDs.

Lágrimas recorren tus ojos.

La razón por la que siempre pareces estar buscando algo en particular. Algo que nunca encuentras. Por la que te parece que te falta algo. Por la que nunca logras alcanzar lo que buscas.

«¿Qué estás buscando? ¿Tu uñeta? Se debe haber caído por aquí, en algún lado. Igual puedes tocar con los dedos, ¿no?», los recuerdos susurran en tu interior.

«¿Y cómo va esa letra? ¿Estás inspirada? Claro, debe ser complejo escribir así.»

«No sé, yo nunca he sido buena para la poesía.»

«Y te haces la humilde. Tú sabes que siempre has sido la mejor de nosotros.»

Lágrimas llenan tu cara.

«Ya, pero si no la tienes lista para la sesión de estudio no importa. Digo, esto sigue siendo un hobby. No te mates trabajando tampoco.»

«Estoy bien. Tenemos que hacer esto. Tenemos que trascender. Ser recordados. ¿No es eso lo que querías?»

Frases tras frases tras frases. Recuerdos. Emociones. Tu pasado. Tu vida, devuelta a ti.

La desesperación con la que abres el folleto de las canciones apenas te permite leer su contenido, pero puedes distinguir claramente tu nombre, y otros. Nombres que prometiste que nunca olvidarías. ¿Es esta... tu realidad?

Mientras más escuchas el álbum más te convences de que este eres tú. Este eres realmente tú.

La epifanía inicial se desvanece rápidamente el momento en que te das cuenta de que vas a volver a olvidar. Ya recibiste el golpe. Ahora no será tan fuerte cuando lo vuelvas a escuchar. Esta enfermedad incurable, esta maldición, te volverá a distorsionar los recuerdos, y volverás a olvidar. Te aferras al sonido fluyendo del reproductor de CDs, a la esencia de tu vida, como un náufrago a su tabla de madera. Esto va a desaparecer. Lo vas a volver a perder. Vas a volver a olvidar. Esta degradación neurológica volverá a burlarse de ti.

Te empiezas a desesperar ante la noción. ¿Ahora qué? ¿Ahora *qué*? Agarras tu celular, buscas el nombre de la cantante en internet. Nada. En todas las redes sociales que se te ocurren. Nada. ¿Es un seudónimo? Buscas los demás nombres. Nada.

No tienes mucho tiempo. Sabes que, el momento en que se acabe el álbum, tus recuerdos se pondrán borrosos de nuevo, se mezclarán y confundirán con las eternas e insaciables fabricaciones. No sabes cuánto te queda.

Entonces buscas “Fase Siete” y el nombre de ella. Y ahí,

una pequeña mención, en un foro diminuto, con un número de teléfono. Sin ni siquiera leer la publicación completa, llamas.

Tu corazón late tan fuerte como el corazón de tu banda.
Eternidad.

–¿...Aló? –una voz. Su voz. Mayor. Más madura. Su voz.
Tartamudeas. No sabes qué decir.

–¿Aló? –ella repite.

Respiras hondo. Y entonces, dudas.

¿Para qué? ¿Para qué recordar si volverás a olvidar? ¿Cuál es el punto?

No tienes mucho tiempo. Lo sabes. No te queda mucho tiempo. Entonces, ¿para qué?

Su voz despertó algo dentro de ti.

Y de repente quieres volver a tener diecinueve años, y hacer música, y tener aún esperanza de que los problemas se pueden evitar, y tener una voz para gritar tus mensajes, y compartir CDs con tu banda, demasiado tarde para noches de semana, y grabar, grabar, hasta que alguna grabación salga bien, hasta que cada uno tenga en sus manos una copia del trabajo que han logrado juntos.

Para la posteridad. Para el recuerdo.

Tú no sabes qué pasó con la tuya, o contigo. Pero quieres saber, quieres desesperadamente saber, aunque vayas a volver a olvidar. Quieres volver a vivir, aunque sea por un tiempo. Quieres creer que las cosas pueden volver a ser como antes.

Y entonces la saludas.

Le preguntas cómo ha estado, y qué ha sido de su vida, y le cuentas de ti, de que encontraste el CD de Fase Siete, y que todo fue real, y sirvió para algo, y que aunque hayas olvidado, terminaste por recordar, y que sí trascendieron. Sí trascendieron.

Sirvió, sí quedó para el recuerdo, porque aunque no hubieras sido tú, alguien lo habría encontrado.

Alguien en alguna parte del decadente y desastroso mundo habría encontrado el CD, *Ruleta* de Fase Siete, y habría sabido de

ellos. Y los habría recordado.

Todo eso le dices a través del teléfono, antes de olvidar, y las palabras se te terminan confundiendo, y ya no sabes qué estás diciendo, y le pides apresuradamente perdón, diciendo que tenías el número equivocado, y cortas.

Te quedas vacío en el suelo. Sin identidad. Sin pasado, sin futuro. Solo una enfermedad neurodegenerativa y un vacío presente.

Pero, eventualmente, alguien toca la puerta.

...¿La abres?